

EL HORREO EN EL MORRAZO: SU PROCESO HISTÓRICO

Por
JOSÉ MOREIRA PUMAR

Miembro C. Estudios Históricos Pontevedra

La presencia de estos singulares graneros en nuestro agro es más reciente de lo que muchos pretenden afirmar. Su punto de partida podríamos situarlo tímidamente a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Su generalización estaría a comienzos del siglo XIX, para conocer un periodo álgido de construcciones masivas a partir de 1870, aproximadamente.

La existencia en época romana y en la baja Edad Media de silos colectivos donde se almacenaba el cereal no vamos a ponerlo en duda. Pero lo que aquí cuestionamos es que el hórreo gallego, esa especie de palafito sobre pies de piedra con cruz y falo en los extremos de su cubierta que el vecino de Coiro o Darbo tiene en el quinteiro de su huerto, es otra cosa.

SITUACIÓN AGRÍCOLA EN EL ANTIGUO RÉGIMEN

La tradicional carencia de cereales en la zona costera gallega a lo largo del siglo XVI y bien entrado al siglo XVII es bien conocida. Este problema se paliaba con una masiva importación de grano conocida como "pan del mar", que nos llegaba en constantes arribadas en navíos desde la Bretaña francesa. Esta situación había de permanecer hasta la primera mitad del siglo XVII, cuando se suprime con la llegada y cultivo de maíz.

Por tanto, hablar de la existencia de hórreos para los siglos anteriores al XVIII creemos que es auténticamente falso. En un vaciado documental referente a la zona del Morrazo para estos dos siglos citados, en ningún momento se hace mención directa ni indirecta a los hórreos. La cosa es evidente: el campesino del Morrazo cultiva una tierra que, con una climatología hostil, le niega unas cosechas cerealísticas suficientemente abundantes para alimentar las necesidades básicas de su familia.

El centeno, el mijo y el escaso trigo que se extraía en estas tierras litorales se guardaban en **huchas, arcas y arcones**, cuya limitada capacidad describen perfectamente las fuentes documentales. De estos muebles hay repetidas manifestaciones de su presencia en los hogares de la villa, regaladas mayoritariamente como dote a las hijas y otras ocasiones heredadas de padres a hijos. Por tanto, nuestro labrador no precisó **canastro ni hórreo** porque no tenía nada que guardar.

EL MAÍZ

Los estudios vienen a coincidir que, aunque este producto se conocía ya en el siglo XVI, no se usó como alimento, sino que se empleaba tímidamente y de forma ocasional para alimento del ganado. Es a partir de la hambruna que asoló gran parte de Europa de 1595 a 1602, aproximadamente, cuando, acuciados por el hambre, se vieron obligados a sembrar el maíz. En efecto, en 1610 milagroso cereal es ya una realidad en Darbo y Tirán.

En los años treinta de siglo XVII, el maíz ya hacía tiempo que estaba incorporado a la dieta familiar de toda la zona de las Rías Baixas. De esta forma se dirigía el diputado por Mondoñedo al rey Felipe IV en 1636: **"...que los señores Villar Prego y R^o Varela supliquen a S.M. dé licencia a este reino para sacar el mais, porque todo es semilla, que la tierra está muy fértil della y no se puede hacer bastimento para las Armadas y hallándose el reino hoy con tanta cantidad vienen a perecer los pobres porque no pueden venderlo y se les pudre... y los hombres poderosos, los que no tienen otras haciendas sino rentas de mais vienen a padecer porque no tienen ningún dinero para sustentar su casa, por tanto dicha semilla no se guarda..."** El diputado por Orense, más prudente, le contradecía, al afirmar que **"a su parecer, no debía hacerse la saca (exportación), ya que es el sustento de muchos pobres que hay en este reino... y si se sacase la semilla (maíz) perecerían... y con la abundancia que ha habido estos años atrás ocasionó que el trigo y el centeno valiesen a un moderado precio y con ser tanto, no ha habido de sobra en este reino, y si se hubiera**

permitido la saca su precio sería alto..."(1) En efecto, los Libros Sacramentales nos describen para estos años un crecido número de bautizados que reafirman un aumento de población impulsado por el consumo del cereal americano.

Hacia 1647 se detectan cartas de afletamiento de navíos que ocasionalmente comienzan la exportación de maíz y centeno desde Vigo y Pontevedra a zonas donde hay concentración de militares, concretamente, el norte de África, para su abastecimiento.

En el siglo XVIII, el cultivo del maíz obligó a roturar nuevas tierras llamadas rozos. Henry Kamer afirma que las cosechas del siglo XVII eran un 50% inferiores a las de la segunda mitad del siglo XVIII. Qué duda cabe, ante la nueva situación agrícola, los viejos arcones donde se guardaban las mermadas cosechas de centeno, trigo, mijo, orxo... cuyas dimensiones aparecen muy bien descritas en los documentos de la época, son en este siglo XVIII insuficientes. Se precisarán a partir de ahora nuevos acomodos para almacenar la espiga del maíz y, sobre todo, un sistema que permita su secado en un medio tan hostil como es nuestro clima.

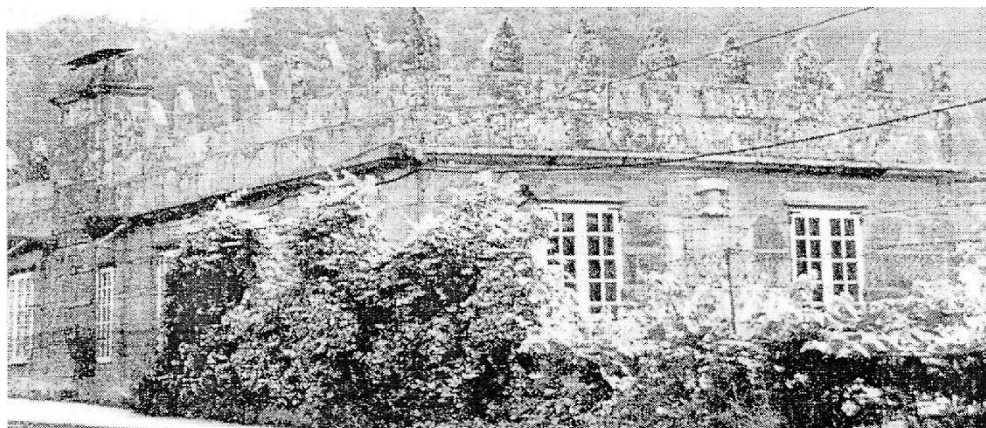
LAS TULLAS

A pesar del incremento de las cosechas en la segunda mitad del siglo XVII, no fue causa suficiente para impulsar estos graneros debido a la escasez de tierra cultivable y el permanente dominio señorial de la Iglesia y la hidalguía terrateniente. Por tanto, la situación precaria que venía viviendo el campesino apenas había mejorado. Sólo las clases privilegiadas había visto aumentadas sus cosechas de grano, que ya no guardaban en arcones ni arcas sino en sus sustitutas, las llamadas tullas.

Las tullas son un especie de arcas de gran tamaño cuya capacidad triplica o cuadriplica a los viejos arcones de madera y tienen una de las paredes movable donde se recogen el grano de las cosechas (trigo, centeno, mijo, orxo...).

Las tullas aparecen de forma testimonial entre los agricultores hacendados, las casas solariegas y Pazos. Frente a este tipo de "almacén-panera" todavía muy minoritaria, siguen los documentos describiéndonos para el campesino local el uso de arcones de periodos precedentes. La primera tulla localizada en la zona del Morrazo es de 1651 en el Pazo del Casal, conocido también como la casa de los Picos, situada actualmente al borde de la carretera de Bueu, a la altura de la Graña.

Es precisamente en el Pazo del Sistro donde localizamos una de las primeras tullas de Cangas. En 1703 unos meses después del accidentado fallecimiento de doña Mariana Mariño con dos de sus hijas menores, cuando el juez de la villa hace recuento de los enseres de la Casa describe entre otras cosas tener en la bodega **"...una tulla nueva sin cubierta de porte de 152 ferrados de maíz valorada en 80 reales..."** sigue el recuento notarial, afirmando la existencia de **"...otra tulla vieja de 200 ferrados para contener maíz y centeno, por valor de 44 reales..."** Coiro, 29 de Marzo de 1703.



Pazo del Casal o Casa de los Picos,

La tulla, en franco retroceso desde el siglo XVIII había de convivir por más de 100 años con el pujante hórreo y su pariente el paupérrimo canastro. Todavía en pleno siglo XIX quedaban algunas tullas en funcionamiento. En efecto, don Manuel Rodal, administrador de los bienes de don Alonso del Manzano, pretendía sustituir en 1829 con la renta que le producían los bienes **"la vieja y carcomida tulla por GRANEROS DE PIEDRA"** al afirmar que **"impregnadas del gusano del gorgojo, ofenden el grano e impiden la venta a los precios de mayor valía"**. A. H. Pro. P Prot. 1441. Fol. 36.

EL CANASTRO

El canastro, término que en muchos lugares se identifica con hórreo, fue otro granero que haría las funciones de hórreo. Su mismo nombre, canastro (del latín canistrum) deriva del trabajo artesano de los artesanos o "canasteiros" que confeccionaban cestos, canastro, "muñicos", "patelas", "gheipos"... Eran de tamaño pequeño y forma circular, y estaban, por lo general, confeccionados por el mismo agricultor con materiales de madera de mimbre, de caña u otro tipo de ramas siempre maleables, capaces de formar paredes de varas entretejidas.

El canastro no fue más que el pariente pobre del hórreo. Construido hábilmente por manos campesinas ocupó los "eirados" de pequeños propietarios de forma eventual en espera de ser sustituidos por los de piedra. Aunque su vocablo aparece anteriormente al siglo XIX, estimamos a la vista de los testimonios, que es en la primera mitad de este siglo cuando aparecen con más frecuencia en documentos y son generalmente la zona de Coiro y sobre todo A Cruz da Pereira en la que muchos de sus vecinos afirman tener **"circundado con casa, viñedo, cortes, corral, pajar, canastros y frutales"**.

PRIMEROS HÓRREOS

El uso de tullas, que se hace patente a finales del siglo XVII, comienza a ser relevada o al menos desplazada por el reciente "hórrio" (en términos de la época) con la llegada del nuevo siglo. Este tipo de panizo o granero presenta la novedad de poder permitir que la espiga del maíz se seque al tiempo que pueda permanecer almacenada.

Sin pretender fijar el momento cronológico de la construcción de estos hórreos en la villa, hemos localizado el primer testimonio documentado que nos permite marcar un punto de partida que refuerza nuestra hipótesis: Don Gonzalo de Nogueira, clérigo rico y hacendado fundador del Hospital y Capilla de La Concepción, mandó edificar entre 1710 y 1715 tal vez el que sería el primer hórreo del a comarca **"... para que en él se recogiera toda la cosecha del maíz pertenecientes al Hospital..."** El hórreo, totalmente construido en madera estaba **"... valorado por peritos en 500 reales ..."**. Don Antonio Ignacio Zabala, cura sucesor del Hospital, nos dice en 1821 cuando era ya muy anciano **"...que el hórreo había desaparecido en tiempo de don Tomás Suárez ..."** (hacia 1760) y no lo había repuesto nuevamente porque **"... por su situación (junto al atrio de la capilla) estaba expuesto a ser robado como sucedió varias veces ..."**. Pese a este singular testimonio, el hórreo no aparece hasta bien avanzada la segunda mitad del XVIII, es más, en 1752, el minucioso y conocido Catastro de Ensenada respalda lo que venimos afirmando. En su detallada relación no consta que ningún vecino de Coiro, Darbo, Aldán o Beluso tenga alguna de estas construcciones.

Nada tiene de sorprendente que fueran precisamente estos terratenientes los primeros que precisaron de estas construcciones para albergar sus notorias cosechas. El campesino modesto secaba su mermada cosecha del maíz al aire aprovechando los días del sol o bajo un alpendre que había habilitado para este menester.

En la medida que nos adentramos en la segunda mitad del siglo XVIII la presencia de los hórreos es más frecuente y no es pura casualidad, como venimos apuntando, que el sector social más pudiente que percibe las rentas del campo fuesen los primeros que levantaron estos hórreos.

Es ilustrativo el testimonio de don Francisco de San Román en 1746, cura párroco de San Román de Sajamonde (Redondela), deja por heredero universal a su hermano don Miguel de todos sus bienes **"... a excepción de un canastro u horrio (sic) cuyo valor se estima en 800 reales ..."**. Don Miguel acude a la justicia en pleito con algunos vecinos pues **"... el horrio lo mandó fabricar mi hermano siendo vivo para recoger los**

frutos de la diezmos de su parroquia y lo puso en arriendo para mayor comodidad y seguro de los dichos frutos ...". El hórreo en cuestión lo tenían ocupado en alquiler varios vecinos "... con sus espigas de maíz o mixo y no querían sacarlo bajo el pretexto que no tenían donde recoxerlo..." (Archivo Mun. Cangas).

El documentado nos prueba una vez más que fueron este grupo de poderosos quienes los fabricaron al tiempo que los ponían en arriendo a sus vecinos previo pago sirviéndose así la comunidad.

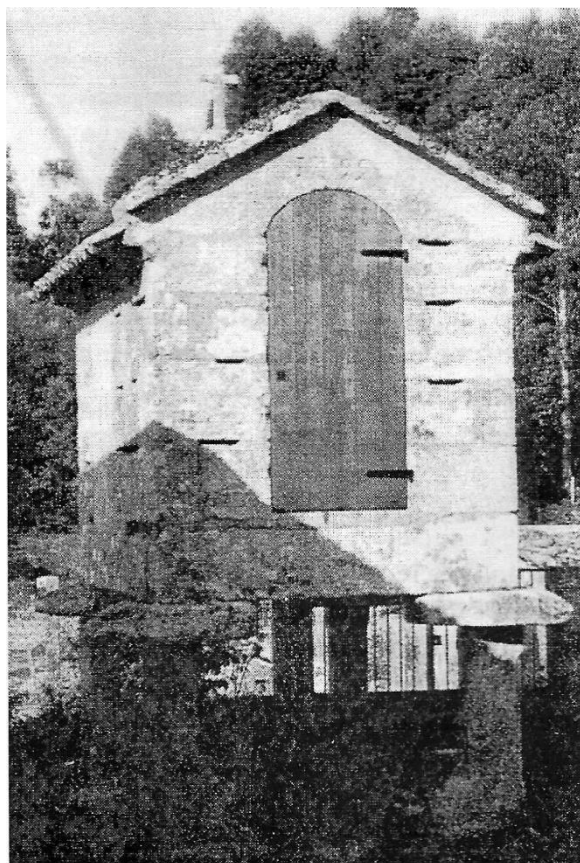
Otro segundo testimonio data de 1775 y es de nuevo un clérigo el propietario. Se trata del abad de Moaña, don José Fandiño, que, por su fallecimiento, se hace inventario de sus propiedades. Entre sus bienes el notario dice tener "...casa, huerta y horrio todo por valor de 1.700 reales..."

Fuera de este poderoso grupo social tenemos un tercer testimonio fechado en 1778 en la inmediata feligresía de Cela, en la familia del labrador Cándido do Souto, que por la misma causa que los anteriores el escribano le recuenta "...un horreo de madera con su teja que está en el eirado de la casa en cuyo interior tiene porción del maíz en espiga y se estima en 35 ferrados..."

Los tres casos expuestos nos vienen a confirmar que los clérigos y campesinos acomodados comienzan a fabricar los primeros hórreos. Sólo el tercero de los testimonios nos ilustra que los hórreos comienzan a dejar de arrendarse a la colectividad vecinal para generalizarse entre el campesinado.

A finales del siglo XVIII y sobre todo a inicios del XIX, parece ser que los hórreos reciben un fuerte impulso llegando a estar presentes también en los eirados de los campesinos más modestos. Así, en 1814, María Ignacia Parada declara en su testamento tener varias arcas de castaño y pino para maíz al tiempo que dice ser dueña de "...un horrio de secar maíz hecho de palo en cuyo interior hay hasta ocho ferrados de espigas..." En ese mismo año al testar María Benita en Santa María do Campo dice tener "...casa de suetano y sobrado con caballerizas corral pajar aira y horrio...". En Ardán el matrimonio José Piñeiro y Josefa Blanco, ya ancianos, ceden por vía de donación "...sus bienes compuestos de todas sus oficinas de que se compone caballerizas, aira, horrio, ganado y ropas..." a otro matrimonio joven para que les cuide. En 1815, don José Bermúdez de Castro dice tener su casa principal en la villa de Cangas, en la calle de la Calzada, y declara entre otros bienes poseer "...los pies de piedra de un horreo con su armadura de madera de valor de 200 reales...". Testimonios todos ellos bien claros de la generalización del horreo a comienzos del siglo XIX.

En la zona de Beluso y Bueu, se encuentran actualmente quizás los más antiguos: El belga Jozef Van Linthoudt (2) cita en su trabajo que el hórreo más antiguo de aquel entorno data de 1775, ubicado en el lugar de O Beluso. De 1799 es el de la familia de la rectoral de Beluso fue levantado por don Benito de Mondragón en esa misma fecha, en sustitución de uno de madera, al tiempo que se hicieron obras de reparo en la casa.



Hórreo perteneciente a la familia de José Porto en Beluso.
En la parte superior puede leerse la fecha de 1799.

PERÍODO DE ESPLENDOR

Es a finales del siglo XIX y tomando como punto de partida el año 1870, cuando los hórreos recibieron un fuerte desarrollo gracias a la progresiva desaparición del sistema feudal, que atenazaba al campesino con los diezmos y los foros. En la arquitectura en piedra de los hórreos podemos ver que se encuentran en un periodo brillante. La falta de hórreos fechados para este periodo de finales del s. XVIII y principios del XIX estaría justificado por edificarlos mayoritariamente en madera. No obstante, por nuestra parte hemos localizado que para este periodo puede haber muchos más.

Los hórreos más antiguos de la villa los hemos localizado en los Pazos y en las antiguas casas de labor, Pazo do Sistro, Retirosa, Pazo de Hío..., el de la casa Rectoral de Coiro ya aparece citado en 1820; el de la familia Sequeiros se estima construido entre 1810 a 1815.

Los hórreos en esta parte del Morrazo en lo que a su diseño se refiere podemos dividirlos en dos formas diferentes:

A) El hórreo de la zona de Hío se Caracteriza por su sobriedad de estilo y tiene su ventilación horizontal entre sillar y sillar.

B) Los hallados en la zona de Coiro y Darbo están más artísticamente elaborados y son de balaustre vertical y con ventilación de la misma forma.

Los hórreos a comienzos del siglo XX fueron muestra inequívoca de signo externo de riqueza y bienestar social. Se dice que muchas hijas casaderas consiguieron lograr marido gracias al hórreo de casa. Quedan todavía entre nosotros conocidos refranes y dichos populares que así lo confirman:

**"Si mi hermosura no me ha de casar,
el hórreo de mi padre lo ha de lograr"**

Los hórreos recibieron un moderadísimo impulso al final de nuestra contienda civil (1936-39) cuando la agricultura toma un protagonismo especial que recuerda épocas pasadas, al tener que producir alimentos panificables en centeno y maíz para abastecer a una población hambrienta durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta.

Hoy, perdida casi su función, se conservan levantados sobre viejos muros o en lo más alto de los quinteiros como monumentos testimoniales de un pasado no muy lejano en que el maíz representó toda una cultura alimenticia.

(1) Actas del Reino de Galicia, pág. 229 y ss. Archivo del Ayuntamiento de Santiago.

(2) Os canteiros e os seus reloixos de sol, pág. 25. Bueu, 1997.

(Publicado en "Venerable Hermandad de la Stma. Virgen de los Dolores y la Soledad".

Cangas, marzo de 2005)